

En el otro extremo de la vida, también, los vínculos generacionales del amor se están estirando hasta casi romperse. Algunos doctores y éticos afirman que los pacientes con demencia o en el llamado “estado vegetativo persistente” no son realmente personas, y que las familias deben negarles hasta las formas básicas de alimentación y cuidado. Mas, no importa lo débil y vulnerable que parezcan, estas personas tienen el asombroso poder de inspirar el amor heroico y sacrificado de sus familiares y de quienes velan por ellos –un poder que puede llevar a la santificación de aquellos que los cuidan.

A Dios no le importa si estamos conscientes de nuestra existencia o somos capaces de “pensamiento superior”. El valor de la vida no depende de si el intelecto funciona sino del amor paternal de Dios por cada uno, creado a su imagen y semejanza. Su amor está presente mucho antes de que nuestras ondas cerebrales puedan medirse a las seis semanas de gestación y mucho después de que nuestra inteligencia deje de funcionar. Su amor está presente antes de que nuestro corazón empiece a latir 22 días después de la concepción y mucho después de que empiece a fallar. Su amor está presente en cada paso y desliz de nuestra vida.

Y a algunos de nosotros, si somos humildes, Dios nos concede el privilegio de ser su instrumento para llevar adelante la santidad de otros. Dios nos ama, y nos quiere para amar, al abuelo que yace inconsciente en una cama del hospital, al niño con severo deterioro físico y mental, a la madre adolescente atemorizada y al embrión no planificado que lleva en su vientre. Cada una de estas personas vulnerables se nos da a nosotros para que podamos aprender a amar como Dios nos ama –generosa, sacrificada e incondicionalmente.

¡Que nunca nos cansemos de proclamar la dignidad y valor de cada persona!
¡Que nunca nos cansemos de servir al vulnerable y a quienes lo cuidan generosamente! ¡Y que nunca dejemos de orar por el día en que todas las personas y todas las naciones defiendan a cada ser humano desde su concepción hasta su muerte natural!



SECRETARIAT FOR PRO-LIFE ACTIVITIES
United States Conference of Catholic Bishops
3211 Fourth Street, N.E. • Washington, DC 20017-1194
Tel: (202) 541-3070 • Fax: (202) 541-3054
Website: www.usccb.org/prolife



EL NIÑO SALTÓ DE ALEGRÍA EN MIS ENTRAÑAS.



Respetemos la Vida

Al oír Isabel su saludo, el niño dio saltos en su vientre. Isabel se llenó del Espíritu Santo y exclamó en alta voz: “¡Bendita tú eres entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! ¿Cómo he merecido yo que venga a mí la madre de mi Señor? Apenas llegó tu saludo a mis oídos, el niño saltó de alegría en mis entrañas. ¡Dichosa tú por haber creído que se cumplirían las promesas del Señor!” (Lucas 1:41-45)

Conocemos la historia. El Arcángel Gabriel anuncia a la Virgen María la invitación de Dios para convertirse en la madre del Mesías. Para mostrar que nada es imposible para Dios, la prima anciana de María, Isabel, a quien se creía estéril, también está esperando un niño: San Juan Bautista.

Los embarazos de Isabel y María, –a pesar de sus extrañas circunstancias– son causa de regocijo. Por el poder del Espíritu Santo, el niño Jesús, antes de nacer, anuncia su presencia a su primo Juan, también aún por nacer, quien salta de alegría, proclamando a su madre: “¡Mira! ¡El Cordero de Dios!” Isabel, a su vez, se llena del Espíritu Santo y reconoce a María como el tabernáculo sagrado de nuestro Señor y Salvador. Por el testimonio evangélico y el amor sacrificado de María, Jesús y Juan, comienza la obra de nuestra salvación.

El Antiguo y el Nuevo Testamento están llenos de este tipo de pasajes en que los niños son exaltados como regalos y bendiciones. Es descorazonador ver cómo nuestra cultura se ha ido alejando de este punto de vista.

La mayoría de los padres ama a sus hijos generosamente y sin condiciones. Hoy en día el valor inherente, que no tiene precio, de cada niño –como individuo único, creado y amado por Dios– ya no es aceptado universalmente. Antes de nacer, el valor de un niño pareciera que depende solo de la actitud de sus padres hacia él. Un anuncio de Planificación Familiar ilustra muy bien esta idea: “Los bebés son ruidosos, apestosos y caros, a menos que se desee uno”.

Los niños nonatos son deshumanizados de forma rutinaria por la industria del aborto. El autor de un popular texto sobre técnicas abortivas describe el embarazo como una “enfermedad parasitaria”. Un columnista muy conocido dice: “Un pez dorado se parece más a un ser humano que un embrión humano”. Otro describe al ser humano por nacer como “basura protoplasmática”, un “trozo de carne”.

Un profesor de la Universidad de Princeton ha llevado este pensamiento hasta su conclusión lógica, para degradar al niño recién nacido: “Los bebés humanos no nacen conscientes de sí mismos, ni son capaces de comprender que

existen en el tiempo. No son personas”. Por lo tanto “la vida de un recién nacido es de menor valor que la de un cerdo, un perro, o un chimpancé”.

Esta actitud ha ido calando en el sentir de la gente. Al parecer, muchos pasan buena parte de su vida adulta tratando de *evitar* la molestia de tener hijos y no les gustan las sorpresas cuando los tienen.

Consideren esto: A pesar de los muchos riesgos y efectos colaterales dañinos, los contraceptivos hormonales exceden mundialmente los \$24 mil millones en ventas anuales.

La industria del aborto afirma que la mitad de los niños concebidos en Estados Unidos son “no deseados” y de estos se abortan la mitad, –más de 1,3 millones anualmente. La razón más usada para abortar es que la crianza de un niño puede interferir con la educación o carrera de los padres.

A menudo nos dicen cuán costoso es criar a un niño. La escasez de familias numerosas que hay entre las parejas adineradas y de ingresos medios sugiere que muchos de los que podrían permitirse el lujo de tener más hijos valoran otras cosas más que traer una nueva vida al mundo.

Por el contrario, algunas parejas que tienen dificultad para concebir pagarán miles de dólares para que una clínica de fertilidad cree un hijo para ellos. ¿Cuántos de esos padres se dan cuenta que por cada niño fertilizado “in vitro” (FIV), que nace, muchos más mueren en el proceso? Y que si ese embrión hecho “a la medida”, aún en el laboratorio, tiene un “defecto”, la clínica de inmediato recomendará desecharlo y encargar otro.

Lamentablemente, muchos científicos y políticos ven los embriones humanos vivos, creados en laboratorios –ya no deseados por sus padres biológicos– como materia prima que puede destruirse para la investigación de células madre. ¿Nos sorprende que algunos científicos quieran crear embriones humanos en el laboratorio, por fertilización o clonación, para matarlos por sus células madre? ¿O que esos esfuerzos continúan a pesar de la existencia de alternativas moralmente aceptables, como las células madre de los cordones umbilicales y otras fuentes “adultas” que están ayudando a pacientes con 72 tipos de condiciones y enfermedades?

Es así como nos están instando a que dejemos de ver la vida humana como Dios la ve. Desde el momento de nuestra concepción, Dios no nos ve superficialmente como una célula microscópica no diferenciada. En cada niño, nacido o por nacer, Dios ve al individuo que Él creó para amar y ser amado, por toda la eternidad.